

LUIS VARGAS TEJADA

Tercera jornada

El fatídico 25 de septiembre de 1828:

Mucho se ha escrito y se escribirá aún sobre la fecha que da nombre a este capítulo, porque los grandes sucesos del pasado tienen la rara virtud de predisponer al hombre a la curiosidad y la meditación. Es que a través de todas las épocas y por encima de las preocupaciones del momento presente, el ser humano siente la necesidad de volver hacia los arcanos de la vida histórica y el anhelo de llegar hasta las profundidades más remotas del alma de la Historia, para vislumbrar su razón honda y verdadera, máxime en éras débiles como la nuestra, que tienen mayor urgencia de los ejemplos del heroísmo y las sagradas energías del pasado, para fortalecerse.

En el caso en que estamos empeñados, el gran significado político ha ofuscado a la mayoría de los escritores, y la razón última, la explicación trascendental del grave suceso no ha sido dada aún. En parte ello se debe también a que la protuberancia volcánica del acontecimiento ha hecho olvidar el subsuelo histórico y las vertientes íntimas que le hicieron brotar. Estudiar un hecho en sí mismo, sin ver sus causas determinantes, ni examinar lo más abscondido del alma de sus autores, es sistema antiguo y ya de largo tiempo desechado en la crítica histórica; desgraciadamente es el que caracteriza la generalidad de los estudios a este respecto.

Constreñidos a la particular obligación de biógrafos de uno de los autores principales del execrable atentado libertario, no podemos dilatarlos en el recuento pormenorizado de la nefanda noche, ya que nuestro deber es decir sólo la parte o influencia que en ella tuvo el personaje tema de este ensayo. De aquel tremendo suceso, que conmoverá por los siglos la historia colombiana, sólo es posible

ocuparnos hoy a través de la vida de uno de sus autores principales.

A tanto había llegado el disgusto contra la dictadura boliviana, que el secreto de un complot para derrocarla era, asienta don Florentino González, el secreto de toda la población de la ciudad de Bogotá; y este beneplácito general perdió a los conjurados, pues les dio una absoluta confianza, una seguridad en el buen éxito que los hizo imprudentes. Olvidaron que todo movimiento subversivo, si bien presenta un lado ideal en que radica su encanto, tiene otro inferior, *el deseo del poder*, que contribuye a hacerlo anti-pático y hasta odioso.

Nuestra mísera condición humana es tal que a menudo nos cegamos al menor rumor y nos encendemos con el menor brote, dejándonos arrastrar finalmente mucho más lejos de lo que a primera vista pudiera imaginarse.

Lo mismo que todos los demás opositoristas, descansaba Luis Vargas Tejada en la confianza de que la fecha en que se restablecieran los derechos y se restituiría el gobierno legal estaba cercana e inevitable, cuando en el medio día del 25 de septiembre, Pedro Carujo fue a sobresaltarle con la noticia tremenda de que todo había sido descubierto por la indiscreción del beodo capitán Benedicto Triana. Pocas horas después todos los comprometidos sabían, con abundancia de alarmantes detalles, la mala nueva y recibían orden perentoria de asistir esa noche a una reunión urgente y extraordinaria en la casa del poeta. Una vez más se iba a cumplir la máxima que Ernesto Renán condensó en las siguientes palabras: "*La experiencia sirve de muy poco en los grandes movimientos fanáticos*".

La noche del jueves 25 de septiembre de 1828, esa noche que iba a pasar a la Historia como trágica y sombría, fue no obstante iluminada por una luna llena y hermosa, dispensadora de la calma más augusta, invitadora a plácidos ensueños y propicia a la aventura de amor o a los lances de galantería amparados por el rasgueo melódico de las guitarras. Mas los conjurados, en su prisa por llegar a la casa de Vargas Tejada —en el tranquilo barrio de Santa Bárbara—, apenas sí repararon en la belleza nocturna. El momento era delicadísimo y toda tremenda noticia hallaba fácil acogida en aquellas cabezas juveniles ya esclarcidas por todos los atributos de la inteligencia, menos por la ecuanimidad y la prudencia. Sobresaltados comuni-

cábanse unos a otros que el capitán Triana había sido sometido al tormento y obligado a delatarlos; en rápidos debates se discutían fórmulas, se trazaban planes sin concierto, se exponían ideas extremas. Y comenzaba el pánico a batir sobre los corazones sus negras alas de vampiro.

Ahora bien, hay un fenómeno constante en tales circunstancias: el flujo y reflujo de las pasiones puestas en contacto arrastra a los jefes de los movimientos políticos, obnubilando su sentido moral y haciéndoles ver como limpios los medios extremos y violentos. Fascinados muchas veces por el hechizo cautivador de sus propias palabras y embriagados por la loca ansiedad del triunfo, se extralimitan y adelantan demasiado; son como nadadores que olvidan en su empeño que el agua, a cada brazada, es más profunda bajo sus pies. *“En casos semejantes al de aquella azarosa situación— dice don Mariano Ospina— sucede a menudo que la pasión política se exacerba y lo arrastra a uno mucho más lejos de lo que a primera vista pudiera imaginarse”*.

Uno de los escritores más notables de la actualidad, Von Henting, ha estudiado ese impulso de dominio en los grandes revolucionarios europeos; las mismas características se encuentran en el Vargas Tejada septembrino. Jefe reconocido y acatado de aquel grupo de jóvenes impresionables, su verbo los dominó, enérgico y rotundo, en el grave momento, indicándoles la senda extrema y peligrosa; y por si no fuera suficiente la cadencia demagógica de su estro de poeta fulgió también con llamaradas de incendio, expresando lo que temblaba en el fondo de todos los pechos:

*Si a Bolívar la letra con que empieza
y aquella con que acaba le quitamos,
OLIVA, de la paz símbolo, hallamos.
Esto quiere decir que la cabeza
al tirano y los pies cortar debemos
si es que una paz durable apetecemos.*

Fue el grito inspirado de un Chénier que poseía el alma y los principios de Marco Bruto, y en momentos de tan escasa reflexión como abundante exacerbamiento de los ánimos, la antorcha que iluminó la senda del crimen. Carujo, el siniestro, el constante traidor a los hombres y a los ideales, el tenebroso militar a quien el León de Apure

estigmatizó llamándole desequilibrado de malos instintos, propios únicamente para emplearlos en empresas criminales, el futuro delator, en fin, aprovechó la coyuntura de estar entonces unidas las voluntades e hizo aprobar rápidamente su plan. Dividos en grupos, poco después salían los conjurados de la casa del poeta a cumplir cada cual su misión.

En compañía de Ezequiel Rojas tocó a Vargas Tejada la comisión de ir a la casa del coronel Diego Whitte, comandante del batallón Vargas, y hacerlo preso; inútil resultó la diligencia. El coronel no estaba esa noche en su hogar y hubieron de regresar a la habitación del poeta para esperar allí el resultado del precipitado movimiento.

Ya bien avanzada la noche, don Francisco Torres Hinnestrosa llegó a instruirles de las peripecias que ocurrieron a los otros grupos. La fracción que componían Pedro Celestino Azuero, Florentino González, Mariano Ospina, Pedro Carujo, Agustín Horment y otros, había logrado rendir la guardia y entrar en el palacio de San Carlos; pero para decoro de Colombia y gloria de América, el Libertador, escudado por el arrojado de una hembra hermosa, se había salvado.

No fue más afortunado el grupo encargado de tomarse el cuartel del Vargas: frustrado el primer intento, no les quedó otro recurso que el ataque brusco; esta segunda intenciona fue también infructuosa. La única victoria de los conspiradores, la liberación de Padilla, había sido un triunfo pírrico, pues el Almirante rehusó tomar parte en un ataque contra Bolívar.

Era el fracaso total y completo con todas sus terribles consecuencias; la derrota fatal y definitiva que abriría una era de brutal crueldad por lo sangrienta y sañuda. Desde el primer momento Vargas Tejada lo comprendió así, vio con los ojos del alma las trágicas sombras y el fantasma del patíbulo, pero supo dominar sus emociones y con voz firme advirtió a los circunstantes:

—*“Pensemos en el cadalso y familiaricémonos con él”*.

Así aceptó inmediata y valerosamente las consecuencias de sus actos aquella alma heroica. Hubo en ellos ciertamente error, extravío y hasta torpeza, pero no ruindad. Lo que de tétrico y sombrío tiene el complot septembrino se lo dio especialmente lo misterioso y siniestro que había en el alma o en los antecedentes de los extranjeros que se unieron al

grupo de jóvenes exaltados, convirtiéndolos en instrumentos de sus odios y bajos apetitos; porque si bien es cierto que con Arganil, Carujo y Horment entró al movimiento libertario la malquerencia, la ambición oscura o la sed de lucro, con Azuero, Florentino González y Ospina, no penetró a la morada del Padre de la Patria ni la ingratitud, ni el maquiavelismo, sino el equivocado amor a una más elevada forma de gobierno; eran los engañados de un ideal o, como alguien dijo, los enceguecidos por girondino miraje.

“No eran deseos de venganza —exclama con altivez Florentino González—, ni odios personales, ni la ambición del poder lo que nos movía a correr los trances peligrosos de una insurrección.”

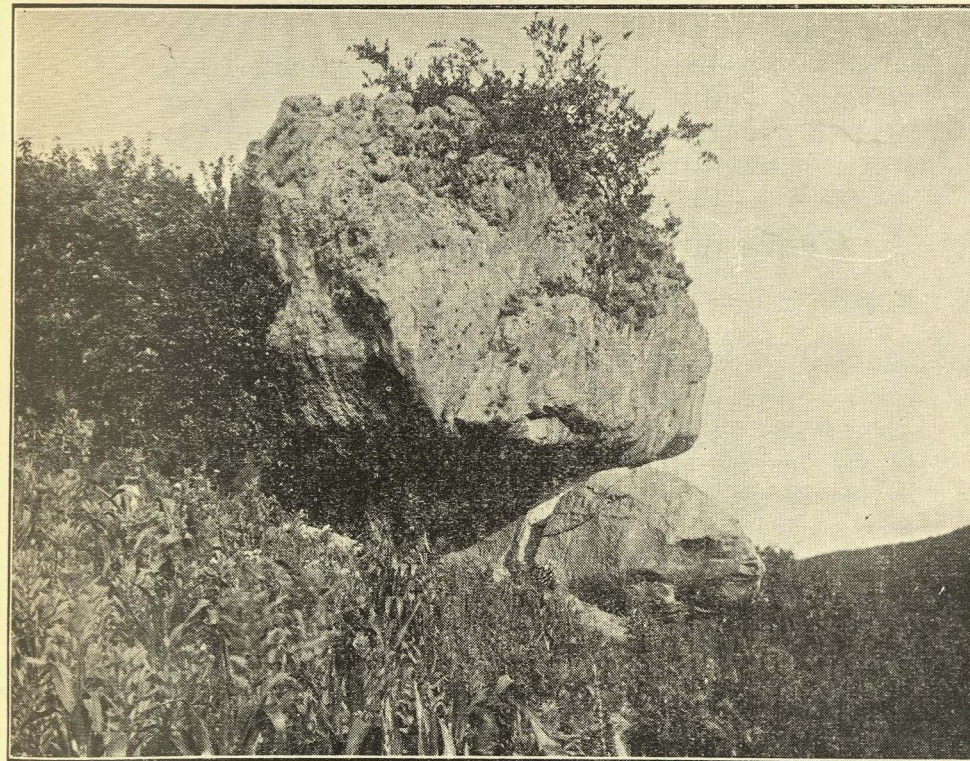
Y don Mariano Ospina, ya provector, se refiere a este suceso sin remordimientos y en una forma tan elevada, que sus palabras, jamás debe olvidarlas el historiador honrado: “*Ustedes, los de esta generación, no pueden juzgar con imparcialidad de aquel suceso. Para eso sería necesario apreciar las circunstancias de la época*”.

La huída:

Desde el instante en que, abortado el golpe, se iniciaron las pesquisas y se abrió el período de las detenciones, sospechas y aprisionamientos, ahincadamente pensaron los hombres del gobierno en aprehender a Luis Vargas Tejada. Urdaneta, en una carta escrita a raíz del atentado, dice lo siguiente: *Florentino González y Vargas Tejada son el todo del negocio. El segundo no ha sido aprehendido, pero se le busca con esmero*”.

¿Cómo burló tanta vigilancia? ¿De qué modo se ingenió para salir de la capital, despistar a sus perseguidores y hacerles derrochar inútilmente el esmero de que tanto se ufanara el implacable jefe de la investigación? Su odisea de prófugo es interesante y curiosa; intriga por la habilidad con que supo evitar a la policía, y obsesiona por las contradictorias versiones en que está envuelta.

Se ha dicho que frustrado el nefando atentado el poeta huyó esa misma noche a pie con Juan Miguel Acevedo hasta Fusagasugá y juntos llegaron a la hacienda de *El Chocho*, donde vivía don Diego Fernando Gómez. Cosa distinta se desprende de los escritos de ambos conspiradores; Vargas Tejada, en aquella carta de tan admirable ternura

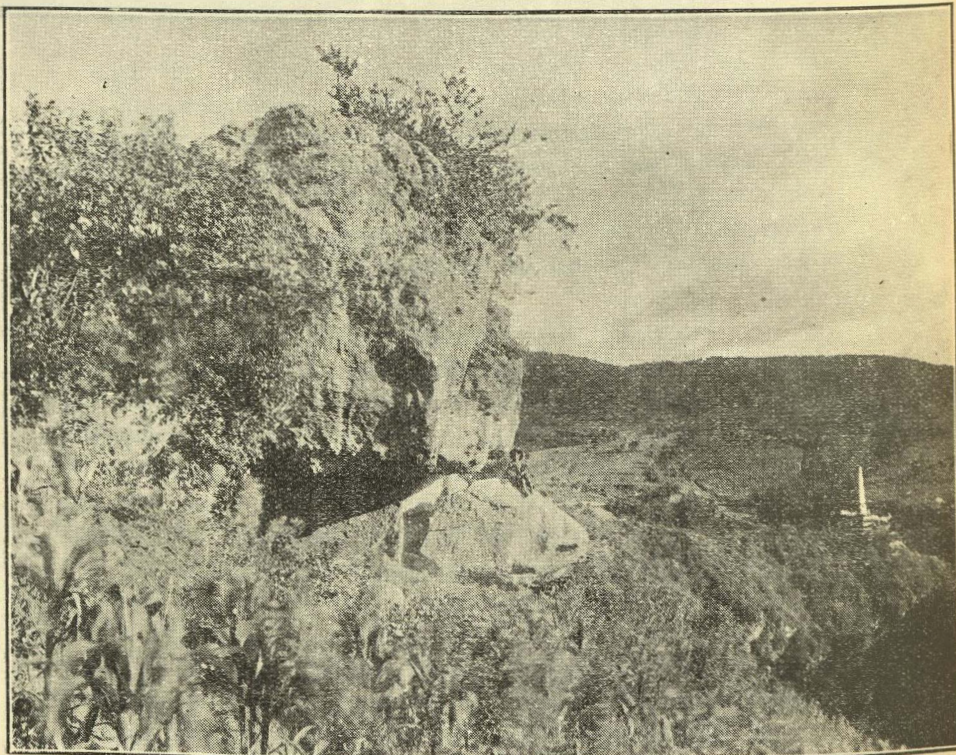


Cueva en que se refugió Vargas Tejada

Un aspecto

Cueva en que se refugió Vargas Tejada

Otro aspecto



a su madre y que Menéndez Pelayo ha considerado mucho más patética que sus versos, cuenta así su fuga: *“La noche que bajé por aquella montaña a Fusagasugá, por aquel péximo camino que su merced conoce, yo no atendía a los riesgos que aumentaba la oscuridad de la noche, sino que hallándome en aquella soledad, solté las riendas de mi aflicción: bramaba como tigre pidiendo mi madre y mis hermanos a los árboles y las piedras; mi razón comenzaba a trastornarse, ya no sabía de mí”*.

Su primo Juan Miguel Acevedo, en las declaraciones que rindió a 3 de noviembre de 1828 y en *El Deísmo*, aquel libro escandaloso y blasfemo en que dispartadamente consignó su autobiografía, amplía los datos. Confiesa en las declaraciones que estando el sábado 27 de septiembre en la hacienda de *El Choco*, se presentó allí a las diez u once de la mañana el autor de *Las Convulsiones*. Del nombrado libro es el siguiente párrafo: *“Estando todos haciendo el papel de que nada había pasado, a las once de la mañana se presentó Luis, montado en una mulita tan grande como una burra, en silla orejona, vestido de “dandy”, casaca puntiaguda, calzón blanco pero mugroso, y sombrero de pelo. Tan largo y flaco como era él; con una derrota tan grave en consecuencias con aquélla; con un fuerte golpe que le había dado el famoso caballo en que salió de Bogotá; con dos trasnochadas horribles y dejando a su madre y hermanos en grandes conflictos. Con todo esto puede concebirse cuál sería la figura que presentaba mi flaco y desencajado primo”*.

Don Diego Fernando se apresuró a atender debidamente a su sobrino, no tanto por cubrir la deuda de gratitud que con los padres de éste tenía contraída, cuanto por el especial cariño que le profesaba. Después de confortarle con abundante almuerzo y haberle acicalado un tanto, encerróse con él a conferenciar en un retirado aposento.

Lo que allí se dijeron no se ha sabido jamás; pero intuimos, por las declaraciones judiciales del doctor Gómez, lo mucho que le sorprendió la audacia de su discípulo. Por lo demás, tal sorpresa es natural; don Diego Fernando era un gran jurista, un orador elocuente y, de haberlo querido, también hubiera podido ser un escritor notable, mas siempre rehuyó las acciones definitivas, aquellas que revisten a los hombres de graves responsabilidades. Intimamente, sin embargo, hubo de reconocer que Vargas Tejada era su obra.

Pero el creador siempre se sorprende ante la vida propia que tomó lo creado; víctima de su propio impulso, el hombre impone a sus semejantes sus ideas, sus odios y sus amores, y luégo, cuando pasan los años y fructifican con exuberancia los gérmenes sembrados en un joven corazón, el maestro se admirará tanto como si nunca hubiera conocido tales pasiones. De ahí que el caso de los viejos revolucionarios, escandalizados por la audacia de los miembros jóvenes de su partido, sea frecuente en la historia de todos los pueblos.

Pasada la primera impresión y enterado el dueño de la casa de todos los pormenores del frustrado asalto, la magnitud del peligro que amenazaba al poeta su sobrino, le hizo ocuparse seriamente de la situación y buscarle un escondite más seguro.

Frente a la hacienda, separado de esta por el río, dilatábase un monte espeso y solitario; hacia él encaminó don Diego Fernando a sus parientes con sendos costales de provisiones. Dos días permanecieron en aquella maleza, víctimas de todos los sobresaltos y presas de amargos pensamientos, al cabo de los cuales optaron por trasladarse a otra montaña más distante, en la que permanecieron ocho, y por fin a la llamada de San Fortunato, donde Acevedo separóse de su primo "*por el terror y peligro que le amenazaba en permanecer con Vargas Tejada*".

Por caminos ignorados pasó el poeta de esa montaña del sur a una hacienda del norte de la capital. En todo ese lapso dura fue para él la existencia, tan dura que sólo su experiencia en la vida agreste logró salvarlo. Dormía en el monte, sin otra cama que el barro y la hojarasca podrida, padeciendo todas las inclemencias del invierno, mojadas las ropas, teniendo que andar de noche y a pie con las alpargatas hechas pedazos, según él mismo confiesa, los pies hechos una sola vejiga, "*la mano derecha hinchada y dislocada de un golpe, el muslo izquierdo también dislocado y tan lleno de lastimaduras y cardenales que parecía un Cristo*".

La llegada a la hacienda no le trajo el ansiado descanso. Temeroso de una indiscreción por parte de algunos de los dependientes o arrendatarios, tuvo que internarse más a los pocos días, y andando siempre con una constante inquietud, sobresaltado y temeroso, como bestia perseguida, llegó por fin el 19 de octubre a un paraje casi desconocido de todos los habitantes de la comarca. Era aquél un montecillo,

en medio del cual había un gran peñasco y debajo de éste un hoyo o hueco que servía de nido a los gallinazos; y estos habitantes, confiesa el poeta, más generosos que los humanos, le dieron su casa sin dificultad.

Ayudado al principio por el fiel guía, sólo después, sus manos doloridas cavaron poco a poco las entrañas del cerro hasta lograr espacio suficiente a sus necesidades y hacer verdaderamente la cueva, la famosísima cueva por él bautizada *de la resignación*, con cuyo nombre romántico ha pasado a la historia.

En la Gruta de la Resignación:

Las imágenes que el arte de la fotografía ha regalado de la famosa cueva en que Luis Vargas Tejada pasó sus postreros días, palidecen ante la fuerza gráfica y el vigor patético de las descripciones que el infortunado dejó de aquélla, ora en verso, ya en prosa. El lector juzgará por este soneto escrito al cumplirse el primer año de morar allí:

MI ASILO

*De un bosque enmarañado en la espesura,
bajo un peñasco inmóvil y musgoso,
negra mansión del buho pavoroso,
hubo una cueva, aunque pequeña, oscura.*

*En las entrañas de la tierra dura
aquí mis manos con afán penoso
cavaron un asilo tenebroso,
de un sér viviente triste sepultura.*

*Un giro anual el sol ha completado
desde que ausente y solitario moro
en mi lóbrega tumba confinado.*

*Aquí mi amarga situación deploro;
y cuánto tiempo en tan fatal estado
he de yacer ¡ay! infeliz, ignoro.*

Agujoneado por la necesidad, industrióse para hacer lo menos incómoda posible su agreste morada. Lo que en un principio era sólo una cavidad apenas suficiente "*para cavar de noche, casi como en un nicho de panteón*", transfor-

móse poco a poco en estancia cuya boca, semejante a la de un horno, se cerraba de noche perfectamente con dos costales a manera de cortinas. De algunos palitos se hizo rústicos aparadores para sus cosas; “y otra porción de cachivaches que me constituyen en un Robinson continental”.

Junto con las provisiones sus protectores le enviaron a los pocos días recado de escribir. Tal vez fue entonces cuando volcó toda su amargura, su despecho y su rabia impotente, en el discutido *Recuerdo Histórico*.

¿Hasta dónde es controvertible la paternidad de este escrito? El sabio historiador don Eduardo Posada, niega rotundamente que ella sea de nuestro poeta, y aduce razones especiosas que requieren examen dilatado; no entraremos en él para evitar hacernos más dispendiosos. En obsequio de la brevedad recordamos solamente que los ilustrados directores de *El Mensajero*, señores Tomás Cuenca y Felipe Pérez —biógrafo notable este último de Vargas—, al publicar por primera vez el aludido escrito, lo encabezaron con las siguientes palabras: “tiene todas las señales y caracteres de ser autógrafo y obra exclusiva de Luis Vargas Tejada”; y, dado el estado de ánimo y la irritación psíquica del prófugo, era lógico que reaccionara condensando sus odios en duras palabras, apenas hubiera ocasión propicia, ya que no debemos olvidar que era un escritor político primero que todo. Todos los sentimientos, todas las meditaciones que a un fugitivo de su categoría era natural que agitaran, se encuentran en este folleto; y el estilo con que se refiere a los sucesos de la convención de Ocaña, es tan semejante al que hallamos en las actas de las sesiones, que hace pensar inmediatamente en que uno mismo fue el autor de ambas cosas.

Fácil es imaginar cabalmente el estado de prostración que aherrojó el ánimo del poeta proscrito en aquellas soledades, ya que él mismo se cuidó de detallarlo minuciosamente en una epístola admirable. La amargura de la derrota, la forzosa incomunicación, el sobresalto cotidiano, los pensamientos aleteando como aves ciegas sobre la desesperanza del porvenir sombrío, fueron torturas vivas hincadas en su alma con más mortificante fortaleza que los dolores y privaciones corporales. Tal vez, como Bruto moribundo, pensaría que la virtud es un sueño, y acaso en la inmensa soledad de su alma comprendió la inútil fealdad de la violencia.

Los días pasaban, pero sus horas se hacían cada vez más interminables para el atribulado solitario, que en vano luchaba contra la fatal pesadumbre de la tristeza.

Un día Vargas se cortó los cabellos, los hiló con esmero y tejió unas bolsitas que envió a su madre; otro, se hizo una flauta de cañas y un arpa de madera con cuerdas de cabuya, para matar sus penas cantando; mas el tedio, el monstruo gris que abate y redime, que al sumir al hombre en la gélida sima de la melancolía lo purifica para la vida del espíritu, le espoleaba empero con tal ahinco que hasta en las mismas piedras tenía que buscar recursos contra aquél. Y sus manos dcloridas crearon así, desesperadamente, sobre pedazos de rocas, imágenes y figuras con que hacerse menos trágico el abandono y menos negra la soledad.

Como torrente que al nacer se despeña y corre inquieto y bravío un buen trecho, luégo se aquieta y discurre silencioso y casi sosegado hasta que de nuevo se agita, encrespa sus aguas y corre a perderse para siempre en la lejanía, una profunda evolución fue operándose en el ánimo de Vargas Tejada, tan profunda y desconcertante, que muchos han llegado a dar por cierto que tuvo horas de verdaderas demencia. Ya hemos visto su desesperación preliminar, veamos ahora los otros estados anímicos o crisis psíquicas por que pasó hasta fenecer.

Generalmente el hombre solitario, por muy embargado que esté su entendimiento en graves cuestiones, atiende al espectáculo que le ofrece la naturaleza que lo rodea; pero si ese hombre es además un poeta, sabrá hallar numerosos motivos de inspiración. Los árboles, las fuentes, la transparencia del éter, el trinar de las aves y aun la misma mudez de las piedras, hablarán a su corazón con mágicos acentos; su imaginación le mostrará raros contrastes o recónditas concordancias entre lo que le circunda y las tribulaciones que en su pecho anidan, y cuando por el divino impulso de la inspiración coja la pluma, sus producciones serán primero que todo el diálogo de su espíritu con el espíritu de las cosas. Por el natural deseo de olvidar su situación, de alejarse de ella, siquiera *in mentis*, fueron encauzándose paulatinamente las dotes de Vargas hacia empeños más acordes, hasta que la idea de una gran tragedia aborigen logró encender de nuevo su entusiasmo. El 24 de octubre de 1829 se puso al trabajo y fue tanto su brío, que el 7 de noviembre lo tuvo ya concluido: *Doraminta* es el nombre que dio a esta su última pieza dramática.

No son fáciles de burlar las preocupaciones vitales; siempre en el flujo de la creación brillará la imagen de la

vida interior. El caso de Vargas es patente; sin proponérselo, púsose él mismo velado en medio del drama; éste es por tanto no solamente una imagen de su personalidad humana, sino también una admirable prolongación de su destino.

La fuerza del vínculo secreto que ata el corazón del autor con el ambiente, se manifiesta en *Doraminta* como una forma nueva de su antigua dualidad; *Tulcanir*, el verdadero héroe de la obra, no es en verdad más que un sueño, pero es el sueño de un poeta que tiene tan manifiesta nostalgia de la realidad, que los amigos de las explicaciones psicoanalíticas catalogarán esta obra para prueba de sus teorías sobre los actos fallidos y los deseos irrealizados.

La influencia constante que obró el ambiente sobre Vargas Tejada, se muestra, mejor que en parte alguna, en esta última pieza teatral. Elaborada en la soledad y con el manifiesto propósito de olvidarla, es, sin embargo, una pintura magnífica de los parajes que habitaba desde hacía un año. Los bosques cercanos, con su hechizo verde, el mágico silencio de los crepúsculos y los amaneceres canoros, todo aquello que veía a diario y de lo cual quería huir, todo, hasta la cueva fría y húmeda, es precisamente lo que aquí aparece mejor y da gracia y vigor a sus acentos, como puede verse por las muestras siguientes:

Acto I, escena primera, *Tulcanir* solo:

*Oh! cuán bella, Natura, resplandeces
Con el cándido albor de la mañana
Cuando el sutil aljófara de la noche
De hermosos brillos tu ropaje esmalta;
Con qué dulce placer; con qué ternura
Mi pecho tu belleza contemplara,
Si el placer no estuviera desterrado
De este asilo fatal de mi desgracia!*
.....

Acto II, escena primera, otra vez *Tulcanir*:

*¡Adiós, triste mansión de mis dolores,
Soledad yerma, sepulcral silencio,
Que en el largo período de mis penas
Habéis sido mis fieles compañeros!
Adiós lóbrega gruta, que has guardado*

*A un infeliz en tu sombrío seno;
Cuántas veces amargos resonaban
En tu cóncavo espacio mis lamentos
¡Y cuántas veces mi copioso llanto
Corrió en raudales a empapar tu suelo!
Arboles cuya sombra protectora
Me ha prestado asilo tanto tiempo;
Inmóviles peñascos que de apoyo
Habéis servido a mis cansados miembros;
Aves que mitigásteis mi amargura
Con vuestros dulces trinos y gorjeos,
Adiós, adiós, es tiempo de dejaros,
Es tiempo de probar dolores nuevos,
Pues, ya de los antiguos la costumbre
Iba embotando los puñales fieros.*
.....

La acción de la obra es intensa y movida, como que está inspirada en parte —según el autor confiesa en la nota preliminar— por sus propias desventuras; pero el mérito verdadero está en la versificación, como ya lo habéis visto. Las pocas muestras que de ella hemos traído bastan a decirnos qué gran poeta hubiera llegado a ser aquél joven de veintisiete años, si el cruel destino no hubiera borrado tan temprano su nombre del cuadro de la vida.

La soledad conduce a la contemplación de la naturaleza y ésta a la meditación sobre Dios, pues siempre la admiración de las cosas que lo rodean eleva el pensamiento del hombre hasta su Creador. Y Vargas Tejada no escapa a tal axioma; él, antiguo lector de los enciclopedistas franceses y admirador ferviente de Bentham, poco a poco se sintió arrastrado hacia su primera fe; desengañado, rotas las vestiduras de sus sueños librepensadores por las zarzas agudas de la realidad y los pies maltratados por los guijarros del camino, sediento de verdad, llegóse como un nuevo hijo pródigo a la olvidada creencia de sus mayores. Una biblia, único libro que en aquella soledad pudo llegar a sus manos, le hizo revalidar su agudo intelectualismo y le mostró que sólo en el pensamiento de Dios se apacienta la serenidad verdadera.

Talló algunas esculturas religiosas, hizo un altar de madera, una camándula con piedras y se acompañaba los oficios religiosos con la rústica arpa; “*mi oficio de difuntos*

los lunes, mi salve todas las noches, mis letanías los miércoles y sábados". —especifica a su madre.

Al caer de la tarde, de pie sobre el gran peñasco solitario, vuelto hacia el confín donde se hallaban sus seres queridos, alzaba el rostro y pedía devoto al Señor del cielo y de la tierra que confirmara con su bondad infinita las bendiciones que él dirigía a los suyos con el corazón y con la mano.

¿Ambicionó ser como los solitarios de la Tebaida sólo amor y servicio de Dios Uno y Trino?... Feliz, debió pensar entonces, el que conoce y saborea el deliquio del amor divino, porque ese ha hallado el verdadero pan para el espíritu, el pan ácimo de la vida eterna.

La hora de abandonar la cueva había sonado. Su seguridad exigía que mudara de asilo y fuera a buscarlo en país lejano; antes de iniciar el éxodo, su corazón filial una vez más quiso hablar a su madre, y el día 8 de diciembre de 1829 empieza la famosa carta a ella que es preciso citar casi íntegra. Es un documento admirable: la última palabra ante el silencio eterno.

Hoy, adorada madre mía, tomo la pluma por primera vez para escribir sin disfraz a las queridas prendas de mi corazón, de quienes me ha separado la más horrible de las desgracias; hoy, día de Nuestra Señora de la Concepción, y último de mi permanencia en esta caverna, lo dedico a hablar por escrito a mi amada mamá, a quien hace catorce meses que no veo, y a quien tal vez no volveré a ver jamás... ¿Podré expresarle los sentimientos que me ahogan en esta ocasión? Mis lágrimas, que manchan el papel y que casi no me dejan escribir, son las únicas que deben hablar por mí, y me veo obligado a no hablar más de esto y hacerme cargo de que escribo a una persona extraña, porque de lo contrario me fuera absolutamente imposible continuar. Nuestros corazones se entienden entre sí sin necesidad de palabras, y sólo ellos pueden concebir lo que de ellos mismos han padecido y padecen aún en esta época lamentable.

Mi seguridad exige que mude de asilo y que vaya a buscarlo en un país distante, donde esté enteramente al abrigo de toda persecución. El preparativo para la marcha me obliga a suspender esta carta y cuando la continúe ya habré salido para siempre de debajo del techo de mi cueva.

A renglón aparte y con fecha 9 de diciembre continúa:

Anoche salí de mi asilo, sintiendo al dejar aquella miserable habitación, unas emociones que difícilmente puede concebir el que no se ha hallado en una situación igual. Esta noche, mediante Dios, marcharé hacia las costas de Colombia, donde la Providencia me ha deparado un excelente apoyo, con cuyo auxilio tengo todas las posibles esperanzas de evadirme a un país extranjero. Mi marcha está combinada de tal modo, que a no ser por alguno de aquellos accidentes inevitables que no están al alcance de la previsión humana, llevo una completa seguridad....

Cuando reciba su merced esta carta, quizá estaré ya en otro país o habré emigrado para siempre de este mundo... Una resma de papel no me bastaría para todo cuanto quisiera decirles, pero ya es forzoso concluir, porque no hay más tiempo; voy a emprender mi viaje con buena salud, buena compañía, todo el avío necesario, buen ánimo y una ilimitada confianza en el Señor... Adiós, adiós, adiós.

Hacia el misterio del símbolo:

Desde el instante en que Luis Vargas Tejada abandona la cueva, vive solamente para la leyenda; el *fatum*, la deidad que hacía palidecer a los antiguos, se adueña de él por completo y lo sume en las sombras, pero al mismo tiempo lo depura para las encarnaciones purísimas de la idealidad. Aquí se cumplió la frase de Holderlin, otro gran infortunado, que decía: "Las olas del corazón no romperían en tan hermosa espuma y no se convertirían en espíritu, si el viejo peñasco mudo del Destino no les hiciese obstáculo".

Contradictorias versiones que van desde el suicidio hasta el asesinato y la muerte simulada, desconciertan al aventurado que intente averiguar cuál fue el fin de este atormentado poeta. Nosotros aceptamos la más común de estas versiones, porque es la que tiene mayores visos de verdad.

Vargas Tejada iba camino del Meta, para bajar por éste al Orinoco y pasar a Venezuela; tenía, pues, que vadear necesariamente el río Pajarito por el paso o vado de Vijua, a 5° 14' de latitud norte y 1° 6' de latitud oriental del meridiano de Bogotá, según averiguaciones muy juiciosas del erudito Fray Pedro Fabo.

El cauce de las aguas es en ese lugar de unos ochenta metros de ancho aproximadamente, y la corriente profun-

da e impetuosa; el vadeo es por tanto difícil y peligroso, sobre todo en tiempo de invierno. Vargas llegó al paso del Vijua un atardecer de mediados de diciembre, y con la natural imprudencia de quien desconoce las engañosas asechanzas de las aguas, acicató su cabalgadura y la lanzó al torrente, para ganar la opuesta ribera. Por desgracia, cuando más empeñado estaba en vencer el líquido caudal, lo alcanzó una de esas crecidas que forman las lluvias en las cabeceras de los ríos. El pobre rocín, arrastrado por el impulso, dio un tumbo y desarzonó al jinete; pudo éste, sin embargo, sacar de las alforjas de la silla un rollo de manuscritos y ganar a nado una gran piedra que emergía en mitad de las aguas, como un lábaro natural.

Desde la orilla, el guía, uno de esos hombres fieles y serviciales que crecen y mueren en la devoción a una familia, cuyo nombre, flor de gleba, se ignora, presenciaba desesperado la trágica escena. Por instantes las aguas crecían más y más; ya casi cubrían la piedra sobre la cual el infeliz poeta, de pie y agitando trémulamente el rollo de manuscritos, parecía la trágica estatua del destino de los artistas que arrastrados, como el común de los hombres, por las ondas de la vida hacia el vórtice fatal de la muerte, vencen a ésta irradiando desde la roca coruscante del ideal con la luz inextinguible de la obra creadora.

Las voces desgarradoras de los dos hombres repercutían en vano sobre la melancolía solitaria de la llanura. Las aguas implacables y cenagosas le mordían con furia los pies al desdichado Cantor. La lucha no podía prolongarse ya mucho tiempo; sus fuerzas estaban agotadas y pronto una ola negra y grande arrebató su forma corporal del mundo de los hombres, para estilizarla en la perfecta diafanidad de los símbolos: La comunión continua de su persona con el suelo patrio se hizo así completa y eternamente fecunda.

La Historia le ha perdonado, el Arte americano recuerda su nombre, y la patria colombiana le bendecirá siempre porque, aunque errado en los medios de que se valió, fue un fiel servidor de la nacionalidad y sembró, como ha dicho un autor notable, la semilla de los corajudos rechazos al sistema político de los gobiernos personales.